



Dr. Fernando Suárez

Beethoven, el corazón y la mente convertidos en un canto del alma.

Ferdinand Schimon nos ha dado la oportunidad de ilustrar nuestra portada en la presente edición de *Odontos*, sus pinceladas han sabido expresar con cada trazo la mirada misteriosa de un personaje que con su sola presencia genera vibración en el ambiente de quienes aprecian su rostro. Los matices dorados se van tornando rojizos para ser fieles a la fuerza de la sangre que irriga su rostro, su leonina cabellera parece ondear, no por el viento sino por los movimientos impulsivos de la cabeza que hacía ese genio cuando tomaba la batuta o cuando sus **dedos estremecían las teclas del piano**. **Beethoven, con solo mencionar** su apellido, en cualquier parte del mundo, sin importar razas ni credos, se irradia un clima de respeto y admiración por su obra. Y si Schimon no nos llega a describir lo suficiente, recordemos como lo hacía August Klöber, otro de sus más destacados pintores: "Siempre tenía un aspecto grave; sus ojos sumamente vivos, solían parecer soñadores a causa de la mirada un poco triste, forjada y dirigida hacia lo alto... Sus labios parecían cerrados, pero el pliegue que los enmarcaba no era huraño. Sus pupilas tenían un color gris azulado y una gran vivacidad. Cuando su pelo se agitaba tumultuosamente, tenía en verdad algo de osiánico y de demoníaco".

Ludwig van Beethoven, así se llamaba este personaje alemán, nació en Bonn, el 17 de diciembre de 1770; su abuelo Louis provenía de Amberes, Bélgica, pero se había instalado en esa ciudad alemana en 1732, en donde nació su único hijo Johann, padre de Ludwig. Durante sus tres primeros años de edad, Ludwig disfrutó la presencia de su abuelo con quien congenió bastante, pero al morir este, se sometió al riguroso régimen educativo de su padre, quien encerraba largas horas al joven frente al piano para que adquiriese las cualidades que tuvo Mozart desde su infancia y poder exhibir a su hijo por todas partes. Para ello, le asignó al flautista Pfeiffer como su primer maestro de música; de todos sus maestros subsecuentes, el que más marcó influencias en el joven genio fue Christian Gottlob Neefe, quien introdujo al pequeño talento en el mundo de parámetros creados por Johann Sebastian Bach y Carl Philipp Emanuel Bach. Aunque tuvo deficiencias formativas que se reflejaron más tarde en los frecuentes errores ortográficos y en su dificultad para realizar operaciones aritméticas, Beethoven afianzó una cultura nutrida en el campo literario, gracias a Neefe, devorando obras de Shakespeare, Goethe, Schiller y Klopstock, a quienes en más de una ocasión pretendió llevar al pentagrama.

A los 17 años, el joven músico tuvo la oportunidad de viajar a Viena, punto estratégico de la época para integrar las culturas europeas con las asiáticas. Allí conoció al gran Mozart, quien al escuchar a Beethoven, exclamó: "¡Oíde! ¡Este muchacho dará qué hablar...!". En menos de tres meses, tuvo que regresar a Bonn, por la enfermedad y posterior fallecimiento de su madre, sólo cinco años más tarde, cuando ya había fallecido también su padre, decidió regresar a Viena, en donde residiría hasta el fin de sus días. En esta ocasión recibió ya las enseñanzas de Joseph Haydn, a quien se conocía como el "Padre de la sinfonía"; de él adquirió buena parte de su estilo en la primera etapa de su creación musical, pero su relación con Haydn duró cerca de un año, dada la diferencia de caracteres. Su formación la complementó luego con maestros como Johann Schenk, Aloys Förster y el famosísimo Antonio Salieri, con quien duró más de ocho años. Posicionado en las altas esferas sociales vienesas, se impacientaba por los protocolos hasta afirmar: "Estos vieneses no valen nada, desde el emperador hasta el último limpiabotas.... Esta gente sólo piensa en reír, beber y danzar". No obstante, se involucraba en todo evento posible, entre otras cosas, se volvió muy aferrado al dinero, sin llegar a ser avaro, le gustaba el buen vivir. Su círculo de amigos llegó a conformarlo condes, barones, príncipes, archiduques y mucha gente de alto linaje y cultura. Se familiarizó tanto con la nobleza pero obviaba en oportunidades los modales; existe una anécdota famosa ocurrida en Teplitz, cuando caminaba en el verano de 1812 por un parque al lado del gran dramaturgo Goethe; al cruzarse con el archiduque Rodolfo y la emperatriz, Goethe les hizo la venia a la familia imperial mientras que Beethoven siguió derecho distraído sin responder el saludo de los nobles.

En 1799, a los 29 años de edad, comenzó a percibir problemas auditivos, los cuales asociaba con otros males intestinales. Con el tiempo, los médicos lo curaron de una desintería que le ocasionaba este último malestar, pero su oído comenzó a decaer hasta sumergir al maestro en una profunda sordera 20 años después y sólo podía comunicarse con señas y con un método de apuntes que denominó "*Cuadernos de conversación*".

Mucho se ha hablado sobre su carácter hosco y de su comportamiento misógino y es que efectivamente, son varias las afirmaciones que hacía, que dejaba ver un rechazo a la mujer. Esto contrastaba con las calurosas y románticas expresiones en la carta que se conoció como "A la amada inmortal" y con la lista grande de posibles candidatas que tuvo para una unión marital. Curiosamente, su única ópera "*Fidelio*", lleva por subtítulo "Leonora, o el amor conyugal", en cuya música se puede apreciar intensamente la fuerza del amor entre Beethoven, el corazón y la mente convertidos en un canto del alma.

Mucho amó la soledad, tal vez como mecanismo para aislarse por la situación de su sordera progresiva. Duró un tiempo en el campo, donde logró composiciones de alta fuerza romántica; en su cuaderno de apuntes se observa cómo al caminar por el bosque, al escuchar el canto de las aves, del viento y del agua, las ideas creativas nacen por sí solas; pero esa paz le duró poco, cuando por el fallecimiento de su hermano, le tocó comprometerse con la tutela de su sobrino, quien le trajo varios momentos de difícil manejo, en especial con la madre del joven. En 1826 su estado de salud fue decayendo hasta que el 26 de marzo de 1827, entró a una eterna sinfonía en la que predomina sólo el silencio.

Su paso por este mundo solo duró 56 primaveras, pero a través de su obra, su espíritu se ha mantenido vivo, cada vez con más vigor, durante más de dos siglos y seguirá vigente durante milenios. Parece que se predijera desde sus tiempos su proyección al futuro, cuando sus contemporáneos no alcanzaban a identificar todo el valor de su música. Siempre se ha dicho con acierto, que Beethoven logró aprovechar las estructuras clásicas, que aprendió de Mozart y Haydn, para dar luego las bases de todo un estilo que se denominó "romántico", en el cual la música exterioriza el canto o el llanto del alma.

El catálogo de sus obras es extenso y es uno de los compositores más escuchado en el globo terrestre. Sus nueve sinfonías quizás son las más interpretadas: las dos primeras, afianzando la enseñanza de sus maestros; la tercera, "*Heroica*", un verdadero abre bocas al romanticismo e incluye uno de las marchas fúnebres más majestuosas jamás escuchada; la cuarta, donde afianza la enseñanza del siglo XVIII, la quinta, tal vez la más conocida y cuyas primeras cuatro notas son tarareadas por todo el mundo para referirse a lo clásico; la sexta, "*Pastoral*", el mejor dibujo de la naturaleza; la séptima, donde el prólogo estructura un mensaje venidero; la octava, en la que proyecta su viraje estilístico y finalmente, la novena, "*Coral*", inmortalizada por su famosa "Oda a la alegría", cuyo texto corresponde al poeta alemán Friedrich Schiller.

Sobre la Sinfonía Heroica, es anecdótica la determinación del compositor en cambiar su nombre, ya que inicialmente la había denominado "*Sinfonía Grande titolada Bonaparte*", en homenaje a Napoleón, por su identificación con la libertad, igualdad y fraternidad que promulgaban los franceses, pero al enterarse de la auto-coronación del emperador, le quitó su dedicatoria y se la asignó a su mecenas, el príncipe Lobkowitz. Sus cinco conciertos para piano y orquesta y su concierto para violín y orquesta, demuestran el diálogo perfecto del ser con el mundo. Sus 32 sonatas para piano, de las cuales son de un delicioso encanto la "*Appassionata*", "*Claro de luna*", "*Waldstein*", "*La Tempestad*", y "*La Caza*", constituyen un completo compendio de cantos del alma. También puso a dialogar al piano con el violín, en sonatas como "*Kreutzer*" y "*Primavera*". Sus cuartetos de cuerda nos demuestran cómo sólo cuatro músicos en un pequeño salón logran irradiar las emociones como si fueran una gran orquesta.

En sus últimos años logró poner su sello en la música religiosa, de la que sus misas, cantos y su oratorio, demuestra su tributo a lo que aprendió de Bach, Haendel y Haydn. Su pensamiento maduro y reflexivo quedará por siempre en los corazones enamorados como los de Florestán y Leonora, en su ópera *Fidelio*, y su admiración por la fraternidad, la cantaremos por siempre con las notas de la "Oda de la Alegría", recordando lo que nos interpretó de Schiller: "...Todos los hombres se unen fraternalmente. ¡Multitudes, fundíos en un abrazo cariñoso! ¡Sea este beso para el mundo todo! donde tus blandas alas se han posado!